

FRANCISCO LOPERA  
EL CAZADOR DE OLVIDOS



ANA  
CRISTINA  
RESTREPO  
JIMÉNEZ

*Tamquam tabula rasa in qua  
nondun quidquam scriptum est.*  
Aristóteles

La palabra recordar proviene del latín *re-cordis*: volver a pasar por el corazón. ¿Acaso quien olvida se aleja de su propio corazón? ¿Qué sucede dentro del ser humano cuando pierde la memoria?

En el antiguo Egipto, se consideraba al corazón (*ib*) como el albergue de los recuerdos. Los filósofos griegos reflexionaron sobre la memoria y la delgada línea que la separa de la imaginación. En la actualidad, el hombre continúa auscultando ese enigma que nos habita entre la cabeza y el pecho.

Estoy en Monte Delphos, pero no en el mítico lugar donde Edipo rey consultó el oráculo, sino en una finca ubicada al sur del Valle de Aburrá, en la vereda La María, corregimiento de San Antonio de Prado.

En la cima de un cerro, con una privilegiada panorámica del Suroeste, vive Francisco Lopera, neurólogo, líder del Grupo de Neurociencias de la Universidad de Antioquia.

Despojado de la bata blanca que lo inviste como científico, envuelto en una pesada ruana y con un sombrero borsalino, el doctor Lopera vuelve a ser campesino, como sus ancestros. Retorna al nido, fundamental, donde surgieron sus primeras preguntas.

En el año 2010, una entrevista con Pam Belluck, reportera de *The New York Times*, transformó la serenidad de su rutina de investigador anónimo. La historia recorrió el planeta: Francisco Lopera lidera uno de los estudios más respetados en la comunidad científica mundial sobre la enfermedad de Alzheimer.

(Es preciso aclarar que, a diferencia del doctor Rodolfo Llinás, quien trabaja en neurociencias básicas, Lopera se dedica a las clínicas).

Estas son algunas memorias de un acólito jubilado y astronauta frustrado, que cambió su fascinación por el espacio sideral por un misterio más cercano: el cerebro humano.

## Familia sin memoria

A las 4:30 a.m., Francisco Lopera se levanta a nadar. Durante cuarenta minutos, atraviesa la piscina mientras sus cinco perras guardianas —Juanita, madre de la camada, Cleopatra, Aurora, Sacha y Chavela— corretean por el jardín.

Después se dirige a la SIU, Sede de Investigación Universitaria, el centro de sus estudios, cátedras y conferencias.

Cuando estaba a punto de culminar su residencia en Neurología, el doctor Lopera propuso como trabajo de grado un proyecto para el alivio del dolor de cabeza, basado en acupuntura con terapia neural alemana y auriculomedicina.

Ante el rechazo tajante de sus tutores, se concentró en los pacientes con dificultades del lenguaje, sacó provecho de su consulta como residente e invitó a aquellos que pudieran participar en su proyecto.

En ese contexto conoció el caso que marcaría el rumbo de su carrera. Se trataba de un hombre de 47 años, procedente de Belmira: su familia lo llevó por una forma de demencia que acabó con su autonomía. Lo más inquietante era

que su padre y su abuelo habían padecido lo mismo a temprana edad. ¿Sería una enfermedad de Alzheimer? ¿Cómo era posible, si su aparición suele darse después de los 65 años de edad?

Entre 1980 y 1984, Francisco Lopera comenzó su cacería de casos, su búsqueda incesante. Los fines de semana viajaba a Belmira para entrevistar integrantes de esa familia y escudriñar en sus partidas de bautismo. Al reconstruir su genealogía, halló nueve casos de familiares con Alzheimer.

El rastreo que realizó del origen de estas familias desde 1745 le permitió concluir que el gen procede de España o Portugal y que al parecer se sembró en Carolina, de donde pasó a Angostura, Yarumal, Santa Rosa de Osos y otras partes de Antioquia. En Angostura se rumoraba sobre “la bobera”. En Cedeño creían que era el producto de una maldición de cura.

Conforme avanzaba su investigación, nutría el equipo con enfermeras, psicólogos y terapeutas. El doctor Lopera siempre usa el plural mayestático, como forma de enfatizar que su trabajo no es individual: él es el Grupo de Neurociencias, integrado por cincuenta personas (entre ellas su esposa, Clara Mónica Uribe, terapeuta del lenguaje).

A pesar de haber trabajado en la región desde los ochenta, el equipo tuvo que esperar hasta 1995 para recibir la donación del primer cerebro, el cual permitió confirmar sus sospechas: se trataba de Alzheimer. (Ya cuenta con banco de cerebros).

Alguna vez, una enfermera del grupo que iba a tomar muestras de sangre en Dabeiba fue retenida durante tres días por la guerrilla. A finales de los noventa, la situación de violencia los obligó a suspender las salidas de campo y traer los pacientes a Medellín.

\*\*\*

## ¿Sometemos a prueba la capacidad de almacenamiento de su memoria, doctor?

**Francisco Lopera:** Mi recuerdo más remoto está en Aragón, corregimiento de Santa Rosa de Osos, Antioquia, un pueblo con dos calles y casi 600 habitantes. Conservo una imagen de la nana que vivía en mi casa: cuando yo estaba aprendiendo a caminar, ella se paraba en la puerta de la cocina para impedir mi paso mientras trataba de perseguir a mi mamá, que iba a salir.

La mía era una familia tradicional y religiosa. Mi madre, Blanca, tuvo trece hijos. Nací en 1951, fui su cuarto hijo, el mayor entre los varones. De ella, que aún vive, heredé la sensibilidad.

A mi papá, Luis Emilio, lo llamaban “tres en uno”, porque en un día hacía el trabajo de tres. Como era daltónico, se le dificultaba reconocer los colores; en su almacén de telas mantenía un palo al lado del mostrador para que los clientes señalaran el textil deseado. De él me quedan la voluntad y perseverancia.

Al pueblo solo entraban dos carros: el lechero y un bus de escalera que transportaba gente y mercancía.

En los años sesenta todos hablaban del fin del mundo, la predicción de los secretos de Fátima. Lo bueno fue que mi papá vendió muchos enlatados y velas, porque dizque “todo se iba a oscurecer”. Todos se abastecían. Lo malo fue que yo tenía mucho miedo porque la carretera se acababa en mi casa, tenía la sensación de que vivíamos en la cola del mundo.

Mi anhelo era enterarme poco a poco del fin del mundo, a través de las noticias radiales, para que cuando estuviera cerca nos cogiera preparados. Pero nunca llegó. ¡Nos salvamos!... era una gran ventaja vivir en la cola del mundo.

Nunca supe de cuentos infantiles. En mi casa no había libros. El primero que hubo fue un *Diccionario Larousse* que mi papá le regaló a mi hermana cuando cumplió quince años. Se lo dio como si fuera el contenedor de toda la sabiduría universal, y ella estableció reglas para resguardarlo: había que pedir permiso para cogerlo, lavarnos las manos, no untarse el dedo de saliva para pasar la página, ni abrir la pasta del todo.

Mi papá jamás asistió a la escuela, pero tuvo muy claro que la educación significaba oportunidades. Mi abuelo fue asesinado cuando mi padre estaba muy joven, entonces quedó a cargo de sus dieciséis hermanos. Él pensaba que si estudiábamos tendríamos un futuro menos difícil que el suyo.

Después de cursar hasta segundo de primaria en Aragón, nos fuimos a vivir a Yarumal. Era una metrópolis: ¡había casas de dos pisos! Y un Palacio Municipal con cuatro.

Nuestra nueva casa tenía teléfono; pero como estábamos recién llegados y no había quién

nos llamara, resolvimos que tres de los hermanos saldrían al parque a llamar y el resto se quedaría para contestar. Cambiábamos turnos, así pasaban los días.

Terminé la primaria en una escuela pública y comencé el bachillerato en el seminario de Santa Rosa de Osos: si no querías ser campesino o comerciante, el seminario era tu opción.

Una de las ventajas que me ofreció la metrópolis de Yarumal fue encontrar trabajo como niño: fui acólito en la iglesia por \$30 al mes, y coloqué a todos mis hermanos en el mismo oficio.

Mi anhelo era entrar al Seminario de Misiones de Yarumal, pero el párroco me preguntó: “¿Por qué no se va para el Seminario de Santa Rosa?, ¿no le gustaría ser párroco de pueblo?”

Si usted se va a estudiar al seminario de Santa Rosa de Osos, lo jubilo como acólito”, me prometió. Y así fue. Durante el tiempo que estuve interno me pagó \$30 mensuales.

En el seminario dedicaban espacios y horarios obligatorios para la lectura, así conocí a Julio Verne, Emilio Salgari y *El Tesoro de la Juventud*. Con un compañero del bachillerato, creamos un centro literario; leíamos a Porfirio Barba Jacob, Epifanio Mejía, José Eustasio Rivera y Gabriel García Márquez.

Tres años más tarde regresé a Yarumal: había comenzado mi conflicto con la formación religiosa, que insistía en resolver mis dudas a través de la fe.

Alguna vez pregunté cómo era eso del Génesis: si Dios separó la luz de la oscuridad y un par de días después creó el sol, ¿de dónde venía la luz de la que hablaban antes? El cura contestó: “Esa era la luz de por la mañanita”.

Fui el segundo mejor bachiller de mi colegio; en la universidad estaba dentro del promedio.

Siempre quise ser astronauta, me apasionaba todo lo que se publicara sobre platillos voladores, pero entonces leí en *El Espectador* que los ovnis eran producto de la imaginación. Por eso decidí buscar los platillos donde sí estaban: en la mente humana.

Ingresé a la Universidad de Antioquia y estudié Medicina durante nueve años, debido a los paros constantes. Para poder estudiar, trabajaba de 6 a 10 de la noche como profesor en el colegio San Carlos, del cual yo era egresado. Dictaba la

materia que fuera, era cuestión de supervivencia, desde geografía e historia hasta religión, filosofía y física. Pagaban a \$10 la hora.

Estaba en segundo año cuando López Michelsen subió a la presidencia y abrió cupos en las universidades. Dada la alta demanda de profesores que generó la medida, el psicoanalista Juan Fernando Pérez (a cuyas clases yo asistía) me ofreció una cátedra que resolvió todos mis problemas: ¡por cuatro clases a la semana me pagaban \$2.500 al mes!

Joel Otero nos llamó a tres estudiantes de medicina y uno de sociología, y los cinco fundamos la Escuela de Psicología. Un acto completamente irresponsable de nuestra parte. El evaluador, Rubén Ardila, nos cuestionó: “¿No les da vergüenza de que un psicólogo, un sociólogo y tres estudiantes de medicina creen una escuela de Psicología?”. Joel respondió sin reparos: “¡Para vergüenza de los psicólogos!”.

\*\*\*

### **¿Qué es la memoria?**

**F. L.:** La memoria es una función cerebral que se consolida cada vez más con el tiempo. La memoria remota es muy resistente, constantemente se está consolidando a sí misma. La memoria reciente, lo que he vivido hoy, ayer, la semana pasada, es más frágil: esa es la que más se altera con la enfermedad de Alzheimer. En el envejecimiento normal hay algo de atrofia del hipocampo, una estructura importante en la memoria reciente, pero nunca es tan grave como para afectar a la persona en su autonomía.

### **Cuando inicialmente usted enfrenta el Alzheimer, qué le indica su cerebro: ¿prevenir, curar, detener su progreso?**

**F. L.:** Eso uno no lo programa. A mí no me interesaba la enfermedad de Alzheimer, a mí me apasionaba el lenguaje, saber teórica y científicamente cómo hace el cerebro para manejar el discurso. Cuando yo estudiaba medicina me asignaron un paciente para estudiarlo, hacer un análisis de caso y presentarlo. Me tocó uno con afasia: un señor que había perdido el lenguaje. Solo tenía una palabra: “mananda”. ¿Usted cómo se llama? “mananda”; ¿dónde vive? “mananda”; cuénteme de uno a diez [el doctor

cuenta moviendo sus dedos]: “mananda, mananda, mananda”... ¿Cómo es posible que se pierda el lenguaje de esa manera por una lesión cerebral?! Me impresionaba que el centro de las palabras estuviera en el cerebro. El paciente creía que estaba hablando perfecto. En otro caso, de Apartadó, su familia explicaba: “Vea, doctor, este se emborrachó, bebió tres días, y amaneció gringo”. Hay muchas variedades de trastornos del lenguaje, dependiendo de qué área se afecta en el cerebro. Los pacientes le plantean a uno preguntas que lo inquietan y lo dirigen hacia la ciencia. Uno quiere entender un fenómeno, así no tenga la solución.

### **Usted ya sabe qué pasa en esa unidad sellada. ¿No siente miedo?**

**F. L.:** ¿Miedo de qué? Más que miedo, se desarrolla un sentimiento de admiración. ¿Cuándo te sientas a reflexionar, a maravillarte de la capacidad de hablar? Te parece muy natural. Con un trauma craneano, una hemorragia, un tumor, un meningioma, uno puede sufrir una alteración y destruir el lenguaje.

### **De todas las funciones del cerebro humano, ¿cuál es la que más lo asombra?**

**F. L.:** Sin duda, la función reina es el lenguaje. Probablemente la capacidad de razonar, de pensar, es superior al lenguaje en tanto este es solo un instrumento para comunicar lo que se piensa. El lenguaje es la capacidad que más puedo comprender desde el punto de vista anatómico y funcional; estamos muy lejos de entender cómo piensa el cerebro, cómo marca la diferencia entre el hombre y los demás animales. Los animales viven pero no pueden hablar de su experiencia vivida, el hombre sí.

### **Desde lo científico y desde lo empírico: ¿qué necesita un ser humano para formar su lenguaje?**

**F. L.:** Desde lo científico, necesita dos condiciones: tener un cerebro de homo sapiens y estar inmerso en un mundo de hablantes. Si tiene el cerebro pero no los hablantes, jamás podrá desarrollar esa habilidad. Y si no tiene cerebro de homo sapiens tampoco lo logrará. No entiendo a qué te refieres con lo de empírico...

**No todos alcanzamos el mismo nivel de complejidad en el lenguaje, a pesar de tener cerebro de homo sapiens y movernos en un mundo de hablantes...**

**F. L.:** El lenguaje es solo uno, y hay unos matices enormes entre quienes tienen una muy rica o una muy pobre capacidad lingüística. Lo fundamental es que tenga léxicos y estructuras semánticas y sintácticas. Quien tiene una capacidad como la del escritor o la del poeta está en un nivel superior, pero no hay mucha diferencia entre el lenguaje de un campesino, que no tiene la capacidad de expresarse de esa manera, y el de un poeta: desde el punto de vista científico, es lo mismo lo que pasa en el uno y en el otro.

[El doctor Lopera interrumpe: “Albeiro, por favor, prendete el reflector”. Durante el día, uno de sus hermanos cuida del Monte Delphos. Al atardecer, regresa a su casa en el centro de Medellín].

**¿El desarrollo del lenguaje no depende de la acumulación de palabras, de la sofisticación de un banco de memoria que podría ofrecer, por ejemplo, una buena educación?**

**F. L.:** Lo realmente fundamental del lenguaje es la sintaxis. Lo más extraordinario es que un niño de tres años tenga sintaxis sin haber pasado por clases de gramática, sin noción de cómo se construyen las oraciones, de qué son verbos, sustantivos, adjetivos. Los usa adecuadamente, de manera natural, solo con la experiencia de estar en un medio de hablantes y tener un cerebro de homo sapiens. Eso es un hecho extraordinario en la evolución de las especies. Si un niño de tres años no tiene sintaxis, quizá tiene algún problema en su cerebro, porque la sintaxis no se aprende, se desarrolla. Entre [Jean] Piaget y [Noam] Chomsky se desarrolló el llamado “Debate del siglo” sobre ese tema: Piaget pensaba que el lenguaje era otra función cognitiva que se aprendía, y Chomsky decía que el lenguaje no se aprende sino que se desarrolla, y es una función independiente, muy relacionada con las demás —con la memoria, la atención—, a tal punto que se puede desarrollar el lenguaje de manera extraordinaria aun teniendo retardo mental, o se pueden tener todas las

Por más racional que tú seas, el cerebro emocional a veces se impone, con eso no hay que pelear. [...] Por más que sepas sobre la depresión, no dejas de sentir tristeza.

funciones cognitivas bien desarrolladas teniendo un retraso importante en el desarrollo del lenguaje.

**¿Eso incluye otras formas del lenguaje que desarrollan sus propias sintaxis, reiteraciones, por ejemplo el arte?**

**F. L.:** Esas son formas particulares del lenguaje que no tienen la estructura del lenguaje articulado que utilizamos para dialogar. Yo me refiero al lenguaje que representa con palabras todas las cosas del mundo y sus relaciones. El poder hablar de las cosas en su ausencia es una ventaja enorme, el haber inventado la palabra como símbolo que reemplaza los objetos. Pero el verdadero avance fue cuando se inventó el verbo, eso disparó las posibilidades de referirse al mundo. Cuando el hombre no tenía sintaxis y solo tenía léxico podía hablar de “casa”, “bonita”, “grande”, pero con el verbo pudo construir infinitas oraciones usando dos o tres palabras. “Pedro come frutas”, “Pedro recoge frutas”... El lenguaje fue un disparador impresionante de la evolución, cambió la historia del mundo. Y eso apenas lleva 150 mil años.

**¿El cerebro humano ya alcanzó su desarrollo máximo?**

**F. L.:** A veces, cuando quiero quitarme un problema muy grande de encima, lo ubico en la evolución: la Tierra tiene 4.600 millones de años; en los primeros mil millones no hubo nada, solo montañas volcánicas en erupción, y en los siguientes tres mil millones solo hubo bacterias, organismos unicelulares. En los últimos 600 millones de años aparecieron los organismos multicelulares (insectos, peces, aves). Los homínidos aparecieron hace veinte millones. El *australopithecus africanus* hace cinco millones de años. ¡El homo sapiens hace 150 mil! El hombre empezó a escribir y leer hace cinco mil años. Entonces, mirado en ese contexto, esto acaba de comenzar, estamos empezando a pensar. Mira los tiempos tan

grandes para que pasen esas evoluciones. Se cree que esto que ha sucedido es un azar, que solo pasó en la Tierra y va a desaparecer. A mí me fascina la idea de que no solo exista vida en esta tierra, que haya otras opciones. Mientras el planeta resista, habrá inteligencia, habrá desarrollo. Y el cerebro seguirá evolucionando.

### ¿Cómo definir el pensamiento?

**F. L.:** Es uno de los productos más elaborados de la evolución: la capacidad de poner en relación los procesos cognitivos, eso que uno hace con ese instrumento que es el lenguaje. Se puede pensar con imágenes, de muchas formas. Hay un pequeño texto de Goethe que se llama "La Naturaleza": ese es el dios en el que yo creo.

### ¿Cómo es su Dios?

**F. L.:** Depende de qué dios [¡se ríe!]. Mira el nombre que tiene esta finca: Monte Delphos. Hace unos cinco años estábamos en una reunión familiar, cantábamos *Cómo no creer en Dios*, y todas mis hermanas voltearon a mirarme, muertas de risa, mientras yo también cantaba.

**En la cabeza del ser humano caben Dios, Apolo y Zeus. ¿La religión es un hecho cultural o el cerebro tiene un papel determinado?**

**F. L.:** Creo que uno tiene una necesidad de negar la mortalidad. En la práctica, nadie cree que

se va a morir: cuando alguien cercano se muere lo que más impacta es que uno también se puede morir. Todos sabemos que somos un ser para la muerte, aunque lo olvidemos a diario. El cerebro tiene un mecanismo de defensa, una sensación de eternidad, para defenderse de la angustia de la muerte. Yo creo que hay algo en el cerebro que es la consciencia de existir. El hombre es el único animal que sabe que es un ser para la muerte, de resto los demás animales simplemente viven, tienen cognición, sentimientos, como nosotros, aunque carezcan de un lenguaje verbal. Sin duda, hablamos de una función cerebral; el cerebro está construido y funciona para no estar a toda hora preocupado por la muerte, y eso está relacionado con los sentimientos religiosos, con la creación de ideas sobre el mundo. El cerebro es el que interpreta al mundo. Otra especie no podría construir un mito de vida eterna.

**Pero hay quienes interpretan el mundo al margen de la religión...**

**F. L.:** La ciencia lo hace así, busca interpretar el mundo con la razón. Trato de hacerlo cuando estoy trabajando en cuestiones de ciencia, pero obviamente el mundo puede tener otro tipo de interpretaciones, porque los sentimientos, las emociones, son fenómenos que se sufren o se gozan pero no se analizan. Se analizan si estás interesado en saber cómo funciona eso. Las



## ENFERMEDAD DE ALZHEIMER

Un cerebro normal pesa 1.400 gramos. Uno con Alzheimer es atrófico: pesa entre 800 y 1.000 gramos.

La enfermedad de Alzheimer puede ser genética o esporádica. La primera, hereditaria, se presenta principalmente en jóvenes. La segunda es tardía y no tiene qué ver con antecedentes familiares.

Es posible detectar el Alzheimer hereditario por vía intrauterina o desde el nacimiento. Es una herencia dominante de penetrancia completa: quien vive lo suficiente, lo desarrolla.

En 2012, los investigadores de la SIU demostraron que existe un Alzheimer preclínico, que no revela demencia ni deterioro cognitivo leve, y cuya incubación silenciosa en el cerebro es detectable.

Desde diciembre de 2013, en Medellín se adelanta un estudio con trescientas personas sin síntomas, que tienen el gen del Alzheimer hereditario. La meta es obtener indicadores de respuesta positiva que disminuyan el amiloide (basura protéica que se acumula en el cerebro en presencia de la enfermedad) y ensayar un nuevo medicamento.

emociones, de todos modos, lo dominan a uno. Por más racional que tú seas, el cerebro emocional a veces se impone, con eso no hay que pelear, a veces hay que hacerle caso. Por más que sepas sobre la depresión, no dejas de sentir tristeza. Tal vez, tratas de encontrar la mejor solución.

### ¿Considera alguna emoción o sentimiento como determinante en la vida?

**F. L.:** La pasión. Y el asombro. Quien tiene capacidad de asombro siempre sentirá fascinación frente a la vida. Cuando terminé la residencia de Neurología, vi mi primer paciente por petición de Juan Fernando Pérez: era un señor que había tenido un accidente, se golpeó la cabeza y perdió la memoria de las caras. No reconocía a sus hijos. Sólo reconocía a su mujer por la voz.

Todas las mañanas te levantas, ves al otro ¡y no te asombras!

### ¿Se ha mirado hacia adentro, es decir, ha observado desde lo científico su propio comportamiento?

**F. L.:** Como cualquier mortal que no sabe qué le está pasando. Solo hay una diferencia, muy simple: tengo una compañera, neuróloga, Margarita Giraldo, con la que fui al congreso de neurología en Cartagena. Al regresar a Medellín, me dijo: “Mira, me dio un dolor de cabeza tan fuerte en el vuelo, que creo que tengo un aneurisma”. Se hizo los exámenes y tenía dos. El aneurisma era delicado, peligroso. La operaron y salió bien. Ese tipo de cosas se podrían mirar hacia adentro.

### ¿Le preocupa el fin del mundo?

**F. L.:** Yo me acuerdo de que el agua llegaba a mi casa por una bomba de esas que requieren un hueco en la tierra, se mete un tubo y se bombea. De niño me tocaba bombear: marcaba la poceta con una barra de jabón, y cuando terminaba de bombear le entregaba a otro hermanito. Un día, mi mamá estaba lavando y le pregunté: Madre, ¿cómo es el mar?, “¡ah! el mar es muy grande”, ¿y es muy hondo?, “sí”, ¿pero qué tan hondo es?, “es demasiado hondo”, pero cómo: ¿dos, diez pocetas de estas?, “mucho más hondo”, ¿un millón de pocetas? Finalmente me dijo: “Es tan hondo que no tiene fondo”. Yo tenía la sensación de que el mar era infinito. A ella también le preocupaba el fin del mundo, un día cualquiera en que se apagaría el

Sol. El mayor peligro es que el hombre acabe con el mundo; el segundo, que se agote el Sol o que haya un fenómeno astronómico que acabe con la Tierra, que dentro de las normas de la física puede suceder.

\*\*\*

Cae la noche en Monte Delphos; salimos a caminar. Atrás quedan el quiosco de dos pisos, la piscina, la parrilla... las evidencias de que, a veces, la neurología se puede olvidar.

Entre la arboleda, Francisco habla del placer de bailar: “Me gusta el vallenato, lo aprendí a querer en Acandí, Chocó. Bailo salsa, *paseíto*, merengue, bolero. Quiero aprender a bailar tango”.

La brisa nocturna arrastra aromas confusos, de la huerta, de los San Joaquines, de árboles jóvenes y viejos. Nada le agrada tanto como jardinear los fines de semana.

De repente, el silencio. El bosque, la noche, la oscuridad, evocan la *tabula rasa*... la meta máxima de la enfermedad de Alzheimer.

Me detengo en una roca. En la orilla del camino, un destello: es un gusano de color verde fosforescente que cruza con dificultad entre el musgo, cual luciérnaga condenada a reptar. Miramos con curiosidad. “Jamás había visto uno así”, exclama él. (¿O fui yo?). Francisco se inclina y, sin suerte, intenta tomar una foto con su celular.

No sé si he recordado toda la entrevista, cuánto volvió a pasar por mi corazón. Tal vez, parte de lo que usted acaba de leer es el producto de mi imaginación.

Sin confianza en mi memoria, me aferro a una certeza: Pacho Lopera, el científico, el ser humano, es difícil de olvidar. ■

---

Ana Cristina Restrepo (Colombia)

Periodista independiente y profesora de la Universidad Eafit.

#### Fe de erratas

La entidad administrativa que dio origen en 1975 a la carrera de Psicología en la Universidad de Antioquia, y en cuya fundación participó el Dr. Francisco Lopera, no se llamó “Escuela de Psicología” (como se dice en la entrevista), sino “Sección de Investigaciones Psicológicas” (del Departamento de Ciencias Sociales de la antigua Facultad de Ciencias y Humanidades). El sociólogo de grupo fundador era Julián Aguilar Sierra, todavía vinculado con la carrera que de allí se derivó. Los otros dos estudiantes de Medicina del colectivo pionero, junto con Lopera, eran Jorge Betancur Jiménez y Mauricio Fernández Arcila.